

## Jesús, Maestro

¡Maestro, Maestro! Y qué dulces y qué gratas son tus enseñanzas.

Sonríes en el regazo de tu Madre y enseñas a los pastores a considerarse dignos de ser tus hijos y libres para ofrecerte los regalos de su amor.

Sonríes a los reyes que te adoran y les enseñas la humildad que dignifica y enaltece.

Derramas lágrimas de dolor en la circuncisión y enseñas a todos el camino del sufrimiento y del sacrificio.

Con persuasión divina enseñas a los doctores el espíritu vivificador de la palabra de tu Padre.

Enseñas a las turbas, enseñas a los apóstoles, instruyes a los pobres, adocinas al pecador e iluminas al justo.

¡Maestro, Maestro! La luz de la verdad sale de tu boca y los dulcísimos efluvios de tu amor divino aclaran las inteligencias y enamoran los corazones.

Queda el mundo entero atónito al escuchar tus enseñanzas. Son nuevas. Son contrarias a la concupiscencia de la carne. Son del Cielo.

El pasmo de los judíos cuando perdonaste a la adúltera, enseña algo que parece monstruoso al vengativo corazón de las muchedumbres hebreas.

Pero donde contemplamos tus enseñanzas, Señor, es en los dos actos más grandes que han presenciado los siglos. La Cena y el Calvario.

En la Cena, enseñas amor; en el Calvario, sacrificio.

En la Cena, yo imagino presente a todos los ángeles, a los querubines, y serafines. Mil armoniosos cánticos suenan en el espacio y todas las potestades asisten al milagro de los milagros a la institución de la Eucaristía.

Pero no existe este sublime acompañamiento y esta majestuosa solemnidad, porque allí enseñas amor, y el amor es sencillo.

No te rodean más que unos pescadores, y para ellos y para todos das tu carne, y tu sangre y tu alma y tu divinidad.

Y esto en el silencio; en el retiro del cenáculo, cuando en el cielo se estremecerían los querubines al ver a su Dios tan humillado, entregarse para siempre a los hombres, en comida y en bebida.

¡Oh Maestro! Nos nutres para que no desmayemos al recibir tus enseñanzas.

Pero en la Cena, en el templo, con los apóstoles, con los justos y con todos, tu gran lección es el sacrificio.

El sacrificio, que constituye tu vida mortal desde el pesebre a la Cruz.

Tu divino sacrificio que sale al paso al hombre contra la carne y la soberbia.

¡Para cuántos ha sido luz de Santi-

dad la Cruz bendita de tus agonías y de tu muerte!

Libro abierto llaman los santos a la Cruz, y esta es nuestra bandera santa.

La Pasión Santa se desarrolla en un rincón ignorado del mundo, y sus resplandores iluminan el cielo, la tierra y el infierno.

Toda la creación se mueve.

Sólo tú, Señor, sigues dulce y resignado la calle de la Amargura perdonando siempre y siempre enseñando.

Y cuando llegas al Calvario, tu mirada amorosa contempla desde allí compasiva los errores de las pasiones humanas y de los descarríos de los desdichados hijos de Adán, para borrar los cuales entregas entre tormentos tu vida inocente. ¡En la Cruz! La exaltación más grande del amor. Lo incomprendible para las almas que viven inclinadas sobre la tierra.

En la Cruz, Señor, abres los brazos a todos los hombres, y enseñas como se debe amar, porque no hay amor sin sacrificio; y como el sacrificio está en razón directa del amor, tu amor hacia nosotros es el más grande, pues tu sacrificio es el mayor que han visto las generaciones.

¡Maestro Santo. Camino. Verdad y Vida!

¡Que tu presencia jamás se aparte de nosotros!

Que cual tu Santa Madre, sintamos el dolor de tu Pasión que purifica como el fuego, y abre el camino de la verdadera vida.

JOSÉ GARRIGÓS

## ¡POBRE MADRE!

«Stabat autem juxta crucem  
Jesús, María, mater ejus»...  
S. Juan, XIX, 25.

...Sí; allí estaba María, al pie de la Cruz, donde expiraba su Divino Hijo.

De sus virginales ojos, brotan lágrimas a raudales, que caen al suelo, confundiendo con la preciosa sangre salida del cuerpo lacerado del Redentor.

Los amofatados labios de Cristo, dejan escapar aquellas palabras: «Todo está cumplido»; e inclinando majestuosamente la cabeza sobre el pecho, moría...

Y su Madre allí quedaba, transida de dolor, sufriendo un martirio lento e inacabable, incapaz de describir.

Allí está, rodeando con sus amorosos brazos el Santo Madero, que riega con sus lágrimas. Los sollozos que lanza repercuten en los valles que circundan el Gólgota; sobre su bendita cabeza caen lentamente las últimas gotas de sangre, desprendidas del cuerpo del Justo...

¡Pobre Madre!...

El trueno que amenazador retumba en el espacio ahoga las blasfemias proferidas por aquella multitud que satisfecha su sed de sangre, huye cobardemente de la vista de la Cruz.

Sólo los lamentos entrecortados de María se dejan oír a través de aquella noche tenebrosa, negra como el horrendo crimen que los hombres acababan de cometer, y cuyo negro manto, sólo rasga el rayo con su intensa claridad.

¡Pobre Madre!...

A. RODRIGUEZ.

## En el Tabor y en el Calvario

De tu nombre, Jesús, la omnipotencia llena el mundo de vívidos fulgores, y en su divina esencia es más bello y fragante que las flores. Como el astro que asoma por Oriente y derrama sus ígneos resplandores, rasgando de la noche el denso velo. Tú brillas resplandiente, mostrándonos el cielo. Tú eres gozo que ahuyenta la amargura; del que sufre, consuelo. Tú truecas los pesares en ventura. Tú calmas del dolor el triste lloro. Tú oyes mi ruego cuando humilde imploro, ¡Tú eres amor, poder, gloria, hermosura!

Si en el Tabor te adoro y busco amante, cegada por la luz de tu grandeza, y admiro tu belleza y tu poder triunfante, aún te busco mi amor con más empeño, llamándonos piadoso, clavado en duro leño, abriéndonos tus brazos amoroso. Que, más que del Tabor los resplandores, me mueven a adorarte tus penas y dolores, ya oculto en el Sagrario.

ya al morir, mi Jesús, ¡Martir sublimel, consumando sumiso en el Calvario el misterio de amor que nos redime, por agudas espinas coronada tu frente immaculada, abierto tu costado y el corazón herido que nos muestra en tu pecho desgarrado por la punzante lanza, blando y suave nido do llevan el amor y la esperanza a Ti quedando el alma tan unida en abrazo de amor tan dulce y fuerte que vive con tu vida, que muere con tu muerte.

Bendiciendo tus penas y dolores ¡oh amor de mis amores! yo te ofrezco postrándome de hinojos, adorando tu gloria, que has de ser la mirada de mis ojos, el recuerdo perenne en mi memoria, luz de mi entendimiento, norte, guía y razón del pensamiento. Que el alma por tu amor ¡mi Bien! herida, fior tronchada asemeje, sin voluntad a tu poder rendida, ¡dueño de mi albedrío!, que mientras más de mí ¡Jesús! me aleje más cerca me hallaré de Ti Dios mío!

GERTRUDIS SEGOVIA.

## PILATOS

Hacía muchos años que las circunstancias de la vida los habían separado, sin que se hubiesen vuelto a ver.

Cuando Pilatos entró precedido de dos esclavos, en la suntuosa mansión de Albion, aquel amigo suyo de la infancia, la tarde—una tarde bellamente oriental—iba declinando lenta y tranquila.

Albinus se irguió presuroso y, al reconocer a aquel con quien había jugado a orillas del Tíber, le alargó la mano, poniendo en sus labios una franca sonrisa y un gesto de alegre satisfacción en su semblante.

Y entre copa y copa de vino del Ródano, charlando amigablemente y recordando otros mejores tiempos, fueron apagando las luces de la tarde.

Y sus labios murmuraban con voz apagada, casi a oídos de su amigo: «Mi nombre lleva tras de sí una historia negra y fatal. Aquel consuelo funesto en la historia de mi patria, que pasó como un cobarde por las horcas caudinas, Poncio se llamaba. Y aquel que murió luchando en las sangrientas de los Partos y aquel otro que acabó sus días peleando contra Arminius, llevaban este mismo odioso nombre que yo llevo. ¡Y yo... yo... ni me atrevo a pensar qué fin me espera!»

Lloraba como un niño maldiciendo aquel desgraciado día en que lo habían mandado de gobernador a Judea.

«Cuántas veces me lo dijo mi mujer.

«Ese hombre a quien queréis condenar, no es un hombre. Yo le ví en sueños. Andaba por las aguas y volaba por las alas de los vientos; y al eco dulcísimo de su voz respondían los truenos y murmurábale la brisa que agitan las palmeras del desierto... Las aguas que arrastra el Cedrón van mezcladas con su sangre...»

Aquel triste presentimiento le acompañó toda su vida atormentándole de continuo.

Y fué, en efecto, su fin tan desgraciado como él cien veces lo había previsto.

Salió Pilatos de casa de Albion cuando las estrellas aún brillaban en el cielo. Y con él el único servidor fiel que le quedaba.

Empezaban a esfumarse las sombras de la noche y el alba a rasgar sus velos a poco de llegar ambos a la cumbre de la montaña a cuya falda se yergue la ciudad de Vienne.

Pilatos fijó su vista en el abismo que se abría a sus pies, en el arroyo que cantaba con su eterna monotonía, blanqueando, con la espuma de sus aguas las rocas negras y los negros troncos de las encinas de la orilla.

Se acordó de la muerte de Jesús, suave, tranquila, plácida.

Y dijo a Longinus que, espantado, no sacaba de él sus ojos: «Herodes murió de mala muerte, Caifás expiró